AÑO IV. MADRID, SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1924. NÚMS. 35-36.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

DIRECTOR-PROPIETARIO: Dr. MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DEL BUEN SUCESO, 18 duplicado.

Precio de suscripción anual: España, **10** pesetas; Extranjero, **12** o **2 1/2** dólares.

Número suelto: **Una** peseta. Corresponsales: 25 por 100.

LA CANCION DE LA PIEDRA

Soy una roca... y aliento vidas...
Largos milenios de luchas van
marcando rutas en las heridas
que en mis entrañas fueran fundidas
por ígneos besos
en los excesos
renovadores de algún volcán...
Remotamente tuve por lecho
la glauca orilla de inmenso mar...
Y en sus caricias, insatisfecho,
el mar lamía mi bruno pecho,
que hora tras hora,
de aurora a aurora,
resquebrajaba la luz solar...
Yo me empinaba sobre la arena—
mullida alfombra, cansado hervor—
cuando la lluvia, tranquila y buena,
me refrescaba con su serena
y amplia nubada,
que era cascada,
sobre mi arena, que era sudor...
Luego la arena—sudor de piedra—
húmeda y fértil, brotó un edén...
Y en torno mío surgió la yedra...
Surgió la vida, que errátil medra
en el mutismo
del transformismo
que vaga abstruso de sér en sér...
Siglos sin cuento dormí a la vera
de la tersura de ese amplio mar...
Y en esos siglos en que durmiera,
como un encanto, como una espera—
que es fatalismo—
el cataclismo
turbó mi sueño, me dió otro lar...
Antes montaña, de vestes idas...
Y hoy roca: esfinge del porvenir...
Miro los surcos de mis heridas,
que fueron moldes de muchas vidas
en las holguras del existir...
Y espero ansiosa
tornarme en rosa
cuando en arena me haya fundido
en las alquimias del Gran Crisol...
Y en mis entrañas haya sentido
vibrar el germen polifecundo
que de una brizna fabrica un mundo,
y un universo de cada sol...

FELIPE M. BOISSET.

Lima (Perú).

Un cuento acerca de la Vaca... Astral.

En la primavera de 19**, dos hermanas mías fueron a pasar unos días de vacaciones a la pequeña estancia de X, situada a la margen del río Y, silencioso tributario del Uruguay, que corre dulcemente entre hermosos bosques. La tierra de la estancia es negra y profunda, el cielo azul y sereno, los ríos tranquilos como inmensos remansos, el sol ardiente, el aire puro y fresco y la Vida parece temblar de placer en todas sus manifestaciones.

Como todo retazo del Uruguay, es aquel un lugar saturado de cuentos y leyendas, de tesoros escondidos y de fantasmas. No sé si es el mágico encanto de sus noches de luna, de sus cielos sembrados de estrellas, de los misteriosos ruidos de sus bosques, de los dulces cantos de las aves que resuenan en aquellas soledades con tristísimos ecos, lo que despierta en el alma de los criollos esa sospecha vaga de sucesos extraordinarios, o si por el contrario son hechos «más concretos» lo que da motivo a esas leyendas que afirman misteriosas realidades. Puede ser que sean las dos cosas: el alma inclinada al misterio por una u otra circunstancia, ve por fin y oye lo que no oye el cuerpo.

El dueño de la estancia era un gaucho alto y seco, de movimientos y hablar pausados, profundo y sabio como suelen ser casi todas las personas que por haber vivido en íntimo contacto con la Naturaleza la han observado mucho; pero era tímido y hasta inocente como un niño. Cuando venían visitantes a la casa, si eran gentes del campo como él, salía a recibirlos el primero, saludándolos alegre en su ruda manera y agasajándolos con aquello que la vida ruda y viril de los campos puede ofrecer, pero si eran gentes de la población, «puebleros» de esas «gentes de muchas palabras» y «cumplimiento» que además se ríen por lo bajo de las costumbres y maneras de desnuda nobleza de los hijos del campo, entonces a don Ruperto (así vamos a llamarle) no se le veía aparecer, y la «patrona», su mujer, tenía que hacer los honores. Tímido, avergonzado se apartaba, ensillaba su caballo y salía a «recorrer el campo» o se le veía desde lejos por los «galpones» ocupado en algo y silbando o canturreando algún aire sencillo para hacerse el distraido.

Algunos de los vecinos de don Ruperto, gentes ávidas de poseer siempre más, aprovechándose de su aversión a toda suerte de pleitos y rencillas, no desperdiciaban ocasión de arrebatarle lo que podían de su ya por cierto bien diezmado patrimonio. A menudo sucedía que alguno de sus vecinos, entendido en los tejemanejes de las leyes hechas por los hombres, construía un nuevo alambrado y le quitaba una tira de campo al bueno de don Ruperto que desde luego protestaba, pero en vano.

Cuando mis hermanas llegaron allí invitadas por la «patrona», que era la que hacía y deshacía en los más de los asuntos, don Ruperto sintió también el escalofrío de siempre ante los «puebleros»; pero mis hermanas, muchachas tan sencillas y simples como ellos, pronto hubieron de inspirarle confianza, dando así motivo a que él se mostrase el mejor compañero y el mejor contador de cuentos en las cortas veladas de aquellas espléndidas noches de primavera. Allí, a la argentada luz de la luna subtropical, en el jardincito del lado de oriente, junto a la pequeña casa de campo, se reunían todas las noches después de cenar, desde el «patrón» hasta el más ínfimo de sus peones, y la conversación casi siempre versaba sobre pasados hechos de otros tiempos en que «los hombres eran mejores», sobre las «cosas maravillosas de las ciudades» que hacen abrir los ojos grandes a los hombres del campo, o sobre emocionantes asuntos de «casas asombradas», «apariciones» y fantasmas, que no son menos maravillosos.

Una noche, después de haberse todos retirado a dormir, mientras la luna ascendía todavía por el arco del cielo, estaban aún las muchachas conversando en la cama antes de coger el sueño, cuando oyeron unos golpes como dados con los nudillos de los dedos, en los hierros de la cama. Al principio, creyeron que era una broma de alguna compañera que quería divertirse un poco; pero pronto hubieron de convencerse de que los golpes no procedían de ninguna persona de las que allí estaban. Mis hermanas entonces, acostumbradas con la mesita y el sistema de golpecitos del Espiritismo, comprendieron que se trataba de «espíritus». Entre un poco de temor y un poco de jarana siguieron los golpes por un rato, mas luego cesaron del todo. A la noche siguiente, en las mismas circunstancias repetíanse los golpes en las camas en medio de

la expectación y los comentarios principalmente de las muchachas de la casa, que por más que habían oído muchos cuentos, nunca se habían encontrado cara a cara con un fenómeno tal, cuando con gran sorpresa vieron aparecer por la ventana que daba al jardín una enorme vaca al parecer de un color marrón. Metió su gran cabeza y sus dos patas delanteras por la ventana, dió un gran balido y desapareció. El susto fué regular, y desde aquella noche no quisieron dormir más en aquella habitación, habiendo de transportar todas las camas al comedor, pues no habia otra habitación disponible. Pero allí seguían los golpes más fuertes y más insistentes todavía, dando ocasión a que viniesen don Ruperto, la patrona y todos los miembros de la familia a ser testigos de lo que ocurría. Don Ruperto dijo entonces sentencioso que «donde habían tesoros escondidos andaban almas en pena», y al efecto enseñó una cartita que hacía tiempo habia recibido de un viejo amigo de su padre, muerto ya, en la que le decía que en su casa había un «entierro», y que si quería compartir con él la mitad de lo que allí había, él vendría desde el distante lugar de Z y le indicaría el sitio en que debia buscar. Don Ruperto no había contestado a esta carta.

En esto se oyeron debajo de la cama, al parecer en los alambres del colchón, dulces sonidos como si templaran un instrumento de cuerda de poéticas voces y no tardaron en oírse las conocidas notas del vals «Sobre las olas», que sonaba suave, armonioso, causando en los presentes la natural estupefacción y deleite. Cuando cesó la música, la más joven de mis hermanas comenzó el siguiente interrogatorio: —Si hay dinero enterrado en la casa dé tres golpes sobre la mesa.—Y ante la sorpresa general, tres golpes fuertes, resueltos, sonaron sobre la mesa como dados por un recio puño, sin que como en ninguno de los casos anteriores pudiera apreciarse su causa. —¿Dónde está el «entierro»? Si está en el cuarto de Fulano, dé tres golpes; si no está allí, dos.—Y dos recios golpes como los primeros sonaron sobre la mesa. Si está en tal otra parte dé tres, si no, dos.—Y dos golpes idénticos volvieron a hacerse oír en medio del silencio y expectación general. Y así sucesivamente fueron nombrando lugares hasta llegar al comedor. —Si está en el comedor dé tres golpes, si no, dos.—Y esta vez tres golpes más recios que cualquiera de los anteriores sonaron sobre la mesa turbando el silencio de la noche. —¿En qué lugar está?—Al decir esto, un pedazo de periódico que había en un rincón vino a situarse, como impelido por invisible fuerza, en el centro del comedor. Todos los circunstantes sentían el escalofrío que produce la conciencia de la proximidad de cualquier fenómeno no ordinario en que el alma humana juega algún papel, a pesar de la cual, los que habían creído de buena fe en mil consejas y leyendas, no quedaban al parecer completamente libres de toda duda. El último hecho del pedazo de periódico venía así a despertar la sospecha de un posible engaño o coincidencia, y se pensó que el papel podría haber sido arrastrado por una corriente de aire, que desde luego no podía venir desde la esquina del comedor, más cuando que era aquella una noche de perfecta calma tropical. Así, convinieron en exigir otra seguridad: —Si el papel no ha venido casualmente—demandaron—, que vuelva al rincón y venga de nuevo a situarse donde está.—Y he aquí que el pedazo de papel, cual si impulsado por una voluntad propia, fuése rectamente al rincón donde había estado, volviendo en seguida a situarse en el centro de la habitación. ¡Quedaba así en el ánimo de todos los presentes la seguridad de que allí, en el comedor de aquella humilde casa de campo, habia un tesoro escondido!

Para abreviar diré que los «espíritus» declararon que había otros dos «entierros» más importantes en el bosque; pero éstos sólo podían ser revelados a la mayor de mis hermanas, la «menos valiente», la cual había de ir sola, de noche y con un pico, al bosque, el «espíritu» la guiaría. Pero pedir esto era pedir lo imposible; todos los tesoros del mundo no habrían sido bastantes a hacerla dar aquel paso. Era una niña todavía. Don Ruperto tímidamente objetaba si no podría él acompañarla siquiera fuese desde lejos, pero las condiciones eran terminantes y rígidas: sola, de noche y con un pico, debía salir de la casa, atravesar a pie toda aquella extensión de campo iluminada por la melancólica luna e internarse luego en el obscuro bosque, poblado de ruidos misteriosos, de chirridos de pájaros nocturnos, de tristes rayos de luna que se filtran por los claros del ramaje, haciéndose más extraños en su contraste con la sombra y de millares de luciérnagas que flotan en inquieta turba luminosa de cárdenos reflejos en aquel mar de obscuridad, dándole un aspecto fantástico.

Voy a truncar el breve relato de estos sucesos en el punto que muchos creerán más interesante. Poco tiempo después mis hermanas abandonaron la estancia. No puedo afirmar si se encontró tesoro o no, pero algunos indicios me inducen a creer que sí. Y en el bosque, en el negro y húmedo seno de la tierra, junto al pie quizá de algún molle centenario, quedan desde luego los otros dos que sólo podían ser revelados a una tímida niña, según lo declararon aquellos buenos seres para nosotros invisibles.

Mas los tesoros en sí no tienen tanta importancia dado el título de este cuento. La aparición de aquella vaca bastante más grande que una vaca corriente dentro de un dormitorio, metiéndose sin hacer ruido por la ventana, desde cuyo borde inferior al suelo había más de un metro de altura, dando un gran balido y desapareciendo como por encanto, me parece lo más importante. Jamás habíamos nosotros oído hablar de la Vaca Astral simbólica en aquellos tiempos. Hoy sí hemos oído y queremos humildemente someter este relato como contribución al acopio de los que ya existen de las andanzas de la emblemática Vaca en nuestros tiempos. Hemos hecho tan bien como hemos podido un retrato de don Ruperto, porque nos ha parecido ver en él uno de esos hombres a quienes «aman los dioses» por su natural virtud. Siempre que hemos leído historias de sucesos de esta naturaleza o parecidos, empezando por los cuentos de *Las mil y una noches* y terminando por el de aquel indiecito que veía pasar la Vaca todas las tardes, de que nos habla en su libro *De gentes del otro mundo* nuestro maestro el señor Roso de Luna, hemos visto que los privilegiados eran personas humildes que poseían un noble corazón, como también lo posee don Ruperto.

EL CHANÁ.
